

siervos. Lo que generalmente se infiere de estas y de otras innumerables historietas, es que los milagros han sido generalmente tenidos en todas las Religiones, y aun en la Filosofía incrédula, por unos testimonios de verdad, ò por el sello de la divinidad. Mas esto se queda para quando los milagros son verdaderos y plenamente circunstanciados. Nada hace mas falta en los que habemos referido de los Paganos.

El ciego curado por Vespasiano en Alexandria, y lo mismo el paralítico, son los casos que se refieren con mas aparato de formalidad; porque Tácito añade que lo contaban algunos (1), que se hallaron presentes, y juzga que no podían esperar algun premio de la ficción. A un crítico Filósofo le pareció ya que si no se creen estos casos, es necesario negar toda la historia (2).

Pero esto es muy poco entre nosotros para justificar un hecho milagroso. Si casos semejantes se refirieran hoy aun de Emperadores Christianos y pios, empezarian desde aquí à sufrir un exâmen que no se acuerda de hacer la crítica de Tácito. ¿Quiénes eran los testigos? De dónde lo sabían? Si les constaba que el que habia sido curado, estuvo antes verdaderamente ciego? Si despues de la sanidad veía perfectamente? De estas y otras quèstiones y pesquisas no sale hoy verdadero un caso entre mil que se presentan por curaciones milagrosas.

## §. IV.

(1) Tacit. histor. lib. 4. Verumque qui interfuerunt nauc quoque memorant, postquam nullum mendacis pretium.

(2) L' Abbé de Prodes, Apolog. de la Thes. pag. 264. De quoi ne douterex vous pas en fait d'histoire, si vous niez par exemple les deux miracles opérés par un Empereur en presence de sa cour, & d'une multitude fort attentive? Miserable crítica en un Espiritu fuerte!

§. IV. No tardaria mucho en descubrirse la trampa que intervino en estos milagros de Vespasiano.

Toda ella fue una vil lisonja que los de Alexandria resolvieron hacer à este Emperador. Habian oído la fama de los milagros de Jesu-Christo (como despues veremos) y entre ellos su gracia de curaciones. El caso del joven nacido ciego, y curado con la saliva del Salvador, se habia hecho notable à beneficio de la disputa y diligentísima informacion que hizo la malignidad de los Principes de los Sacerdotes.

Tambien sabian por los Judios, que eran frecuentes en Alexandria, que Flavio Josefo habia dedicado ya à Vespasiano el titulo de Mesías, acomodandole algunos Oráculos de los antiguos Profetas. Sobre todos los dichos honores pensaron adornarlo tambien con los milagros que habian oído del verdadero Christo.

Para esta representación con que habian de celebrar la entrada del Emperador, adiestran à dos miserables, para que uno se le ponga delante fingiendose ciego y pidiendole vista; y el otro con una mano colgando, gritandole para que se la restituyese. Nada es mas común en nuestros pueblos que tales espectáculos representados por unos pobres clamorosos, que se fingen venidos del poder de Moros, ò heridos de un rayo para sacar limosnas.

El mismo Vespasiano quando vió à estos dos charlatanes, y que le pedian lo que él no podia, se sonrio de la lisonja y los desprecio, como confiesa

el

XI.  
Quán torpe es la crítica de los Filósofos, para con la de la Igle sia! Se descubre la trampa de estos milagros.

el mismo Tácito (1). A esta razon acudieron los Médicos que estaban prevenidos para sostener el asalto de los falsos enfermos, y digeron tales cosas al Emperador, que le hicieron creer y hacer todo lo que quisieron. Respecto del ciego le propusieron, que solo tenia en los ojos unas cataratas que cederian muy atentas à su real saliva; y que el manco no sentia mas que una flogedad en aquel artículo del brazo, y que sería reforzado quanto se lo holláse con sus augustas plantas. Todo sucedió felizmente: el Emperador salió hecho Médico, los Medicos Profetas, los enfermos sanos, y todos pagados.

A estas representaciones teatrales se reducen los prodigios mas bien ensayados de los impostores y de los Filósofos; y son ellos mismos los que revelan el mysterio, sin preguntarselo. A Tácito le parece que está el fraude bien cubierto, prevenida toda sospecha, y concluida la prueba con decir que los que contaban estas maravillas, no podia esperar algun premio de la ficcion. Esto no lo podia saber Tácito.

Hay muchas suertes de premios con que se dán por pagados los que refieren prodigios. La satisfaccion de referir cosas raras, y de ser preguntados y oídos con admiracion, ha sido y es para muchos espíritus débiles suficiente motivo de fingir cuentos. Mas, aunque este Emperador hubiera muerto, y no

XII.  
Se responde al argumento de Tácito, con que defiende las dichas imposturas.

(1) Vease à Huet. Demonstr. propos. 9. cap. 39. num. 6. Tabæ oculorum hunc norum fuisse scribit Tacitus. Quibus notum? An Vespasiani comitibus rencens illuc apulis? Haud quaquam certe, sed ægyptiis comenti artificibus qui falso id testificabantur. Vespasianus primo irridere, aspèrnavi: verba sunt Taciti; quippe fraudem & palpum sentiens; tandem vicibus adularum in spem induci; Medicis præsertim rem fieri posse suadentibus, quippe doli fortasse conscitis, cum dicerent: Hinc non esse exasam vim luminis; & redituram si pellerentur obstantia: Illi clapsos in præbum artus, si salubris vis adhiberetur, posse integrari.

podiera premiar à estos novelistas, podian todavia esperar lo mismo de los sucesores y familia del Emperador. ¿Faltaron (1) un Proclo, un (2) Numerio Atico, y un (3) Tlesimaco, que dñesen cada qual en singular testimonio de las apotheosis de Romulo, de Augusto, y de Pysistrato ya difuntos? No faltó quien, muerta Drusila, premiáse al Senador Geminio con diez sestercios el falso testimonio de haberla visto subir à los cielos, y estar conversando con los dioses. Ah! qué torpe es la crítica del Paganismo, y de la Pseudo-filosofía, para discernir entre la verdad y los engaños!

Del nacido ciego que curó Adriano, y de otra muger supuesta ciega por la desobediencia al oráculo, ya se cita en Bayle el testimonio de Mario Máximo, que decía que era todo una pura simulacion dispuesta por Adriano. Y el mismo Esparciano alega (4) este juicio de Mario.

Igual ligereza en hablar y creer, se viene à los ojos en refiriendonos las ya indicadas asunciones à los cielos de algunos Emperadores y Emperatrices. Con solo el dicho del Senador Proclo se substancia el proceso de la divinizacion de Romulo; y con el de Numerio Atico se decreta la de Augusto; y con el de Libio Geminio la (5) de Drusila, hermana y concubina de Calígula: sino es que se me respon-

Tom. III. Ll

(1) Tit. Liv. lib. 1. & Plutarc. in vit. Romul. (2) Sueton. in Octavian.

(3) Plutarco, ó quien es Autor del Paralelo de la Historia Griega y Romana; nota que la misma apotheosis se refiere de Pysistrato que de Romulo. Al Rey de Orchomena le asesinó el Senado, y Tlesimaco, uno de los Senadores, por calmar al pueblo, dixo que lo habia visto subir en forma de un dios al monte Piseo, así como Proclo lo dixo de Romulo. No se sabe qual sea el original de este embuste, y qual la copia.

(4) Spart. in Hadrian. cap. 25. Quamvis Marius Maximus hæc per simulationem facta commemoret.

(5) Dion. lib. 59. p. 836. Edit. Lugd. 1559. Vocatisque ad hoc testibus cum aliis diis, tum ipsa Drusilla, ob id donatus est decies sestertium.

XIII.  
Con un solo testigo se creían en los Cielos à las mugeres inaccusadas.

da que intervinieron aqui tambien, como testigos, el coro de los dioses, y la misma Drusila, à quienes conjuró para esto Geminio. Despues de tan miserable credulidad en la cabeza de las naciones, vendrá bien el que Woolston, y despues Voltaire acusen de ligereza à todo el mundo christiano, por haber creido la Resurreccion y Ascension de Christo, vista por mas de quinientos testigos juntos, y muchas veces por los Apóstoles congregados? Pero antes de ver las pruebas invencibles de los milagros de nuestra Religion, consideremos mejor las necias creederas de los pueblos sábios, enseñados por los Filósofos.

## §. V.

XIV.  
Los milagros de Apolonio y Apuleyo fingidos sobre los de Christo, y creidos sobre ningun testigo.

De los milagros de curaciones y resurrecciones hechas por Apolonio y Apuleyo, se repite, desde antes de (1) San Agustin, por Eusebio, San Gerónimo (2), y otros que fueron fingidos sobre muchos verdaderos milagros de nuestro Salvador para oponerlos à los Christianos.

Ya digimos antes, que en tiempo de Domiciano se esparció una vanda de Filósofos por Italia y otros Países à predicar contra la Religion Christiana, contrahaciendo para esto los milagros que hacian los Santos. Pero lo que mas bien se les justificó, fue la rebellion y conjuracion que excitaron contra el Emperador. Apolonio andaba entonces (3) por el Asia declamando contra Domiciano. Notese aqui, que

(1) Aug. Epist. 6. novæ edit. Apolonium suum nobis & Apulejam aliosque magice artis homines in medium proferunt, quorum majora contendunt extitisse miracula.

(2) D. Hieronym. in Psalm. 81.

(3) Philo. lib. 7. cap. 4. & cap. 3. & Eleuri histor. lib. 2. §. 49.

rara vez intentan los Filósofos contra la Religion verdadera, que no conspiren tambien contra los Reyes y Potestades legitimas. Dió parte Euftrato de la mision de Apolonio, y Domiciano lo hizo traer à Roma. Se le acusaba de tener secretos coloquios con Nerva, Orphito y Rufo, que habian sido desterrados por cómplices de la conspiracion. Y en efecto, despues se vió que Nerva sucedió en el Imperio, quando asesinaron à Domiciano. Y este es otro milagro que Philostrato cuenta de Apolonio (1); porque estando en Efeso el dia que mataron al Emperador, y hallandose hablando al pueblo, comenzó à exclamar: *Matad, matad al Tirano.*

¡Este era un buen espiritu profético! Bien se podia juzgar de él lo que Bossuet pensaba de la profecía que el falso mártir Anio de Bourg hizo de la próxima muerte del Presidente Minard. Es cierto, dice Bossuet (2), que se pueden hacer tales profecías, quando se logra tener semejantes Angeles por ejecutores. El pretendido milagro de Apolonio convenia el crimen que antes se habia sospechado de él, y muestra que estaba bien asegurado del dia en que habia de cometerse la atrocidad.

Pero de cosa milagrosa no se ve alguna prueba ni señal en todos sus hechos. La supuesta resurreccion de la doncella se conoce que está fingida sobre la verdadera resurreccion del hijo de la viuda de Nain (3); pero aqui todos creían muerto al jóven, y no habia motivo para sospechar otra cosa: mas la doncella no iba muy muerta en opinion de los mis-

Ll 2

mos

(1) Philostrat. in Apolon. cap. 10. libr. 8.

(2) Histor. de las variaciones lib. 10. num. 51.

(3) Lucæ cap. 7.

mos que refieren las virtudes de Apolonio (1), pues, notaron que salía de su rostro y boca algun vapor, y que el rocío que le cayó sobre la cara, que llevaba descubierta, la pudo hacer volver del parosismos. Eusebio hace mejor en negar todas estas cosas: pues sabía bien que eran unos cuentos, à modo de los que se llaman *tartaros*, fingidos para divertir à la Emperatriz Julia, muger de Septimo Severo. Todas sus curaciones se refieren vagamente; y con ser tantas las que se le atribuyen por Filostrato, particularmente despues que volvió de la India, con todo eso, no se alega un testigo para probarlas; mayormente quando no son de un tiempo tan obscuro, ni falto de Escritores. Pero sin embargo, no se habla de estos prodigios hasta mas de un siglo despues.

XV.  
Miserables cuentos que mezcla Filostrato entre los Milagros de Apolonio. Qué Filósofos!

Ultimamente, para no hacer caso del testimonio de Filostrato, ni creer precisamente por su dicho nada de lo que refirió en su libro, basta el que haya mezclado con las aventuras de su caballero andante tantas otras impertinencias, y cuentecillos como pone en cabeza de su Héroe. Aun lo que es ò puede ser verdad, pierde su valor en un libro, donde el Autor escribió notorias mentiras y necedades. Filostrato hace ver à su Apolonio un convite entre los Brachmánes, en el que los platos, los vasos, los manjares todos danzaban, y se iban por sí mismos à la boca y à las manos de los convidados (2), como si fueran automatos. Tambien le hizo ver aquellas dos grandes cubas que tenian los Indios (3); una de las lluvias, y otra de los vientos; de donde salian las

(1) Philostrat. ubi supra. Puellam excitavi ex hac morte quam videbatur appetiisse.

(2) Philostrat. lib. 5. cap. 15. (3) Id. lib. 3. cap. 3. & 5.

las nubes y los ayres que necesitaba la region: de tal modo, que si por descuido ò por desgracia se quedaban cerradas, no llovía, ni ventaba en todo aquel tiempo. Por allá le hizo tambien ver una especie de mugeres que eran mitad del cuerpo blancas, y mitad negras (1). Entonces, quando este aventurero andaba por el mundo, habia entre los Arabes un dragón, y todos los que comian de su corazon (2) é higado, sacaban la gracia de pronosticar por el canto ò garrido de las aves.

Ninguno de estos prodigios se vé hoy en la India, ni en la Arabia, ni entre los Brachmánes, con ser tan freqüentadas dichas Regiones de los Europeos. Tampoco habia rastro de estas cosas en tiempo de Eusebio, que sacó del libro de Filostrato una multitud de fabulillas semejantes, para hacer ver à Hierocles, que no debia ser alguna cosa séria lo que se refería de Apolonio: y que en caso de formalizarse sobre estas ridiculeces, sería preciso concluir diciendo, que habia mentido Filostrato, ò el mismo Apolonio.

No son menos ridículas, por sí mismas y por defecto de toda prueba, las maravillas de Pythagoras, que Jamblico en su tiempo, y los Filósofos del nuestro quieren comparar con las de Jesu-Christo. Su Resurreccion, que habemos citado, se reduce segun Hermippo y Sophocles à que se ocultó en una cueba subterranea, y encargó à su madre que divulgase su muerte: que alli estuvo escondido, los dias que quiso, comiendo poco; que al fin se apareció

fla-

XVI.  
No tienen mejor prueba los milagros de Pythagoras.

(1) Philostrat. lib. 3. cap. 1.

(2) Id. lib. 1. cap. 14. & lib. 3. cap. 3. & lib. 4. cap. 1.